

---

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

VARIACIONES PERIPATÉTICAS  
CON QUEVEDO AL FONDO

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO  
EXCMO. SR. D. MANUEL ALCORLO

EL DÍA 29 DE NOVIEMBRE DE 1998  
CON MOTIVO DE SU RECEPCIÓN

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO  
EXCMO. SR. D. LUIS GARCÍA-OCHOA



MADRID  
MCMXCVIII

---



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

# VARIACIONES PERIPATÉTICAS CON QUEVEDO AL FONDO

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO  
EXCMO. SR. D. MANUEL ALCORLO

EL DÍA 29 DE NOVIEMBRE DE 1998  
CON MOTIVO DE SU RECEPCIÓN

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO  
EXCMO. SR. D. LUIS GARCÍA-OCHOA



MADRID  
MCMXCVIII



*DISCURSO*  
*DEL*  
EXCMO. SR. D. MANUEL ALCORLO



## VARIACIONES PERIPATÉTICAS CON QUEVEDO AL FONDO

Sres. Académicos, Sras. y Señores:

Es para mí motivo de profunda alegría, y al mismo tiempo abrumadora cosa, esta prueba de afecto de todos Vds., enaltecerme como Académico electo.

Temo por ello no encontrar las palabras adecuadas que expresen elocuentemente mi agradecimiento por este honor.

Espero corresponder a la confianza de esta Real Academia, asumiendo la responsabilidad que significa pertenecer a ella con toda ilusión y mis mejores deseos.

Inicio en verde esperanzado este discurso, divague antero-posterior, mimbres de mi peripecia vital, cantando a la blanca tiza, al negro carbón, al papel de todo tipo, al soporte vario, al lugar donde los significantes y significados se fijan, se transmutan, se hacen y deshacen.

Siempre serán válidos, tendrán su tiempo, antes de entrar en los procelosos, desconocidos mares cibernéticos en este siglo de siglas, esdrújulos vagidos, atómicas vindicaciones.

Pereda, en su Vanitas, en caballero dulcemente despidor-  
mido, aquí, en nuestro museo, ilumina el pensar nos susurra:

Crear es lo importante.

Entre sincretismos locos, me hace ver a Mozart corriendo, atravesando los cebrados pentagramáticos acuciado por las deudas, a la loca sufragista rasgando a Velázquez en su ira, vulnerando la espalda de la cómica, me recuerda las sorprendentes, cimbreantes diagonales de El Greco, a John Cage metido en su hermético habitáculo escuchando, por todo escuchar, la sístole y diástole de su propio corazón, a la negrísima nube, sombrero extensible, disparándose o aclarándose en eclécticas formas, de cosas, variopintidos rostros polémicos, a Giacomo Leopardi navegando por un infinito mar de libros, a Quevedo cantando al pincel, competidor valiente de la naturaleza “dando a lo mórbido sentido con las manchas distantes”, a Spinoza puliendo morosamente sus cristales, su afición astronómica...

Imagino el tiempo ido. Se me aparece el vuelo rasante de las golondrinas, la umbría solazosa del Botánico, el ámbito de mi franciscano colegio, las calles humildes de nombres preclaros, Lope de Vega, Cervantes, Moratín, Quevedo... la comprensión y sabiduría del maestro y amigo Ángel Salas Viu, su riqueza humanista, orientándome para ser y hacerme persona, para ser y hacerme pintor, argonauta curioso, sentir el prestigioso pasado, como diría el ilustrado, el novatore Mayans, in-

tegrándolo al presente, la mejor manera de mirar al futuro o la vanguardia que necesitamos creer profundamente enraizada en lo popular, en su tradición, en su cultura.

Hoy viajan por el cosmos científicos y caracoles, ratones, magnolios y neuronas, constatamos la apodíctica elocuencia de Cajal y sus dibujos, se ilumina de nuevo la turgencia eternal de Las Gracias de Rubens, Madrid mi ciudad, mi utópica ciudad, sigue a pesar de los todos perversos o no, creando espléndidos cielos, luces nuevas, ya que la polución crea otras distintas y distantes.

Surge inevitable aquí, en este edificio ilustre, el gaudente, gratificante recuerdo de la que otrora fuera Escuela de Bellas Artes y de lo que nos aconteció en ella a los compañeros, tantos excelentes artistas que hoy son, que hoy están, de la A a la Z.

En este otro divague, en esta variación evocadora, tomo contacto, mi primer contacto con las piedras litográficas.

El sótano de la calle Ilustración, Dimitri Papagueorguiu, el griego amigo que deja sus pelagos, sus zalasas, sus mares mágicos por el mar de Castilla, haciéndose correa transmisora de humanismo.

Y creamos el taller donde volcaban sus filias y fobias entintadas, Ortiz con sus aguas nemorosas, Saura con sus presencias subrepticias, Patiño con sus gestualidades, tantos otros, que estampaba con el mismo amor y humor el maestro Repila protegiendo de las goteras con su paraguas, tórculos y prensas.

Siempre me impresionó la atmósfera, el mágico, rico universo, la inquietante alquimia, el sutil, hermoso lenguaje del grabado, los ecos, hechos tejidos de rayas, penumbras de Rembrandt, Durero. Las visiones de aquí y de allá de Goya, el talento de Picasso asimilando todo, testimonios dramáticos, íntimos, de Katie Kollwitz.

Y el ácido actuando, con sus burbujas nereidas, el silencioso percloruro fijando fielmente, definiendo la carga expresiva, tenazmente, gozosamente, para que cuando llegue al papel, su caminar sea ya imprevisible, transformarse en libro, o en singular estampa.



Fue Italia para mí el comienzo de un itinerario hacia lo maravilloso, como Grecia después, camino de deslumbramientos. Las bellas imágenes de Apuleyo, sus metamorfosis, el trasfondo moral, lo misterioso que tanto admiraba Cervantes.

La vida que respira todavía lo etrusco, lo pompeyano. El poder convincente, encantador del plano, la narrativa del Giotto, "il senso dello spazio", Piero della Francesca, Rafael, Lucca Signorelli... muchas cosas para atemperar y enriquecer la veta brava carpetovetónica.



Mucho humor en los cuentos de Giambattista Basile, creador sin par, fuente de imágenes, de metáforas brillantes también para nuestro Cervantes, para Quevedo y las parodias que haría después en sus Sueños, sus Discursos. Así en Italia como en España lo culto y lo popular unidos, viniendo tantas veces del pueblo la fuerza expresiva.

Materiales que gravitan sobre mí, con ellos busco esa aspiración que tan bien definía Delacroix. "...que el cuadro sea una fiesta, pero sin prescindir de la razón".

Serenas palabras en el bosque de anacolutos y oximorones, donde habla sin parar el loro de Kounelis, contemplando el icono yanqui del bote de sopa.



Y es en Delfos, donde descubro otra visión, otra medida del paisaje, porque hay siempre un poeta escondido que ayuda a interpretar esas vivencias, la grandeza misteriosa de sus términos, es el lírico Alcmane el que lo hace, contándonos, describiendo como,

“Dormono le cime dei monti  
e le vallate intorno  
i declivi e i burroni

Dormono i rettili, quanti nella specie  
la nera terra alleva,  
le fiere di selva, le varie forme di api  
i mostri nel fondo cupo del mare;  
dormono el generazioni  
degli uccelli dalle lunghe ali”.

Y de estos inolvidables lugares, con el brazo del Auriga cerrando el cárdeno crepúsculo, salto a la realidad contingente aquí, en las postrimerías del siglo. No huyendo de lo que me fascina como pretexto plástico, me encuentro en un encierro en cualquier lugar de nuestra piel de toro, navegando entre impavideces, entre disfraces en el coloreado plano, cascadas de violencias, sonos enajenantes y cargantes, y veo salir de su almarío al otro que todos llevamos armando la clave del miedo, entre el rebaño de cabestras campanas, polvo de siglos, gárrulos aconteceres, pandas ahítas, vocingleras, entabacadas, alcoholizadas.

Encandiladas noches, desarrollos sombríos, trastocantes, del gentío que disfraza sus pavores, dejando al bulto, al deshecho de tienta, temblando, ante la barahúnda que viene arraímándose, mezclando hipocondrías, neuras destrozonas, nostalgias guerreras, agresividades patanas con bufanda, o con panillas de colores.

Solo, ante la portátil moviola sudorosa y gaudente que lo achucha y encorre y lo envuelve con trapos y cintajos transformando su fuerza mitológica tan tranquila en los prados.

Navega la fiesta entre el barro del Toro de Medinaceli, la tensa cuerda de Amposta o los palos indiscriminados, despiadados de Pastrana, o lejanos orígenes de antorchas que ofuscan sus cuernos, o las actitudes chocantes de unos y otros, que se ignoran por completo en sus psicóticos despistes.

Marigailas montando Rasputines, sirenas de dos colas, enormes pechos, cocineros y cow-boys, gordos curas, engafados tricornios, dar y alzar de sus ritmos, saltos, carreras, cosas de ver y oír entre nubes de polvo asustante y los ecos del pandero.

Singladuras de la piel a ninguna parte con el quitamiedo de tela, flotando, mirando la presencia subyugante del astado, corriendo en la noche, descargadero del vademécum aleatorio.

En alguna parte Pascal decía "... no habiendo podido los hombres remediar la muerte, la miseria y la ignorancia, han imaginado para ser felices, no pensar en absoluto en ellas". Eloquencia que confirma la saltarina hirsutez del pueblo soberano, inmerso en el torbellino, vórtice fatal, o calvo o con dos pelucas nerviosamente agitado, o quemándolo todo, despreciando la belleza del bulto fantasmal, haciéndose mayor, desmadre del otro asustadizo delante de la perplejidad.





“mas como de un error, otro se empieza  
creyendo a mi deseo, di al camino  
los pies, porque di al viento la cabeza”

Así Cervantes, raro inventor, omnicomprendivo siempre, cuando salgo de esta glosa, sustancia grabada de mi visión de la fiesta destrozona, tema que he desarrollado muchas veces, me pone en guardia de la humana condición, hay que abrise a todo, buscar siempre en la poesía, en la música, en las artes todas, la esquivada e indescifrable belleza, afirmar también su lúdica actitud, en la divina locura de la creación.

Y en esta última variación en el continuo tiempo de crisis, artilugios de la modernidad, retornos al orden, negación del mundo exterior, automatismos psíquicos, ocultamientos de la razón y otras muchas cosas, se me aparece la Academia de Roma, como un espacio de libertad, la figura delgada y silente de D. Joaquín Valverde, Académico de esta Casa, su director entonces, entre ruinas donde convivían y conviven la claridad dogmática del pasado clásico y el oscuro pozo sin fondo de la modernidad, recuerdo con profundo afecto sus humanistas orientaciones, su interés por todo.

Mientras comentaba la realidad de entonces en mis cuadros, dibujos o xilografías, Fellini hacía sus mejores y más críticas películas, el anciano Stravinsky dirigía con sus puños *Las Bodas*. Escuché con profunda emoción junto a la tumba de Fray Angélico el despliegue de su música.

Pensaba las alegres disquisiciones de Kandinsky, sus bellos conceptos, las sinuosidades estructurales y cambiantes de sus

cuadros. Siempre también de alguna manera la música en mis temas pintados o dibujados, Bach y Haendel dándose un cordial abrazo por fin, Enescu coronando con laureles al niño Lipatti, Falla leyendo en su jardín con el gato Confucio a sus pies, la música y las palabras de Carmelo Bernaola, subían por los árboles entre la luz romana arrebolada y espléndida, recién elaborada, recién nacida.

Siempre también la palabra sugerente de Montale:

Tendono alla chiarità le cose oscure,  
Si esauriscono i corpi in un fluire  
di tinte: queste in musiche. Svanire  
è dunque la ventura delle venture.

Siempre también la palabra, el infinito divagar de Giacomo Leopardi:

Lontanando morire a poco a poco...



El camino de Quevedo se me abre de pronto, al dejar el espacio indeterminado donde se extraviaba el poeta de Recanati, camino enigmático, misterioso, expresionista, donde todo

confluye, para revelarnos al gran inventor de figuras, de composiciones enormemente cinéticas, enormemente plásticas, como es “La hora de todos y la fortuna con seso”, a la que tuve la ocasión de ilustrar con mis planchas y dibujos, porque en ella aparece toda su mismidad al completo, la seria y la jocosa, la manierista y la barroca. Remonta los grandes problemas de la Humanidad, la defensa de la libertad de los pueblos, la reprobación de la esclavitud, los derechos femeninos y sobre todo la exaltación de las letras, el arte, el espíritu sobre las armas.

Celebro, contemplando el retrato que le hizo Velázquez, su facundia, su genialidad.

Así, me detengo en la espaciosa frente; siento el bullir contrastado, por ser semáforo admonitorio del arriba y el abajo, aunque hayan querido corroer los bajos de su palo-luz con los ácidos humores que impregnaban de angustias y humedades su alma patizamba, apartándolo del mundo, en sitios “donde menos mal pueda hacer”.

En esta enorme fachada, entre sus arrugas, todavía hay almohadilados, resaltos y grutescos barrocos y se alojan palomas, cantores ramilletes que motivan esta letrilla,

Flor que cantas, flor que vuelas,  
y tienes por facistol  
el laurel, ¿Para qué el sol,  
con tan cuidadas cautelas,  
le madrugas y desvelas?  
Dígame dulce jilguero: ¿Por qué?



Y largas guedejas de innumerables Lisis, lagartos retrecheros, moscas ajedrezadas e infames, papeles, todos leídos, memorables memoriales mal atribuidos, liendres saltarinas de busconas en rastrojo, sudores de frío claustral.

Voy bajando al azar por la polifacética nariz donde se aferran los cristales, velocípedo de dioptrías excesivas, encastrados en ella, al jardín de los bigotes y perilla, la blanca explanada, la camisa cornisa desde lo negro, austero firmamento de la ropa decorada con el rojo escorpión estilizado.

Mirando por ellos, se anticipa el movimiento del mundo, el momento de Goya, de Solana, de Picasso, el caleidoscopio de rufianes, calvos, gangosos, verdugos, alquimistas, taberneros, azotados... Figuras de su monumental bargueño, esplendores de su más cara invención, la palabra, su palabra que sigue viva y coleccionando entre nosotros.

Con estos cristales captaba palpitaciones de ultratumba, zahorí español, lince de Italia, le permitían acercarse a mirar muy cerca “la soglia della morte”, cirujano inspirado, periodista avenirístico, acicate de pintores.

Dejo el apéndice nasal y oigo por ahí, risas torturantes, desternillantes, la sorna de ese naricísimo, ese elefante boca arriba, sabañón garrafal...

Nunca tuvo límites su libertad de expresión, hable de repollos, piedras, nalgas, mármoles parlantes, pudrideros de anillos y canonjías.

Y hace con los dioses lo que le da la gana, desvariar a Júpiter, despepitarse a Venus por los rastreados del Olimpo suyo.

Representa en este retablo, más que las virtudes tópicas del español, sus fallos, la arrogancia, la cólera, la envidia. Y por eso, la risa que provoca es vengativa, nos duele. Eso hace en “La hora de todos”, no salva a nadie, con dedo admonitorio, zumbón o sarcástico, o reivindicando simplemente.

El Diablo pinta mucho y la Fortuna que siempre fue ciega y esculta, cobra sensatez, inventa el tiempo, el que fue bueno deja de serlo y al que robó le roban, todo se trastoca cuando la bola empieza a funcionar, cuando se producen a gusto los rufianes, los tramposos, los mercanchifles, los bellacos ostentosos, las alcahuetas con sus pupilas, los alquimistas de moda...

Quevedo escuchaba a diario el habla de los hombres, ponía en solfa el comportamiento de las gentes, como haría ahora.

Me queda por admirar y celebrar los cabellos abarrocados zarrapastrosos, movidos sin duda tantas veces por el viento del Adriático, encanecidos por la humedad del río y la mazmorra leonesa, y lo que no se ve, su esperanza:

“Un nuevo corazón, un hombre nuevo,  
ha menester, Señor, la ánima mía;  
desnúdame de mí, que ser podría  
que a Tu piedad pagase lo que debo”

Quevedo, poeta del tiempo, de amaneceres manieristas, de imágenes clásicas, de actitudes teatrales, paródicas, realistas, ex-

travagantes, obsceno, inverosímil, delicado, belicoso, grosero, Quevedo petrarquista, metafísico, ¿no es acaso como diría Kundera el paradigma oculto de la incertidumbre sobre la que se asienta la existencia misma del hombre?.

Termino así, mi modesto homenaje a su genio, pretexto plástico siempre en expansión, como la vida misma.

También estos breves divagares de mi peripecia vital por algunos lugares que me impresionaron para siempre.

Muchas gracias.

*CONTESTACIÓN*  
*DEL*  
**EXCMO. SR. D. LUIS GARCÍA-OCHOA**



Señores Académicos:

Es justo que cuando un artista asciende a una Institución Académica, manifieste su pensamiento relacionándolo con aquellos momentos estelares que glorificaron el arte, y, aún más, con aquellos insignes antecesores que, siendo ejemplo del tiempo en que vivieron, fueron autores de obras imperecederas. Dichos momentos estelares y los seres admirables que los generaron quedan sellando hitos de la historia, se constituyen en imágenes afirmativas de las épocas. Quedo, con su avasalladora figura, se encuentra anímicamente presente en el ámbito Académico, en el día en que la Corporación celebra la investidura de un pintor de tan alta consideración como es don Manuel Alcorlo, discípulo, tal como quién os dirige la palabra, aunque estemos incluso en otras intenciones, del gran lírico y narrador que llenó nuestra patria de ecos maravillosos. El nuevo Académico, participante activo en los audaces acontecimientos de la pintura moderna, por estar en posesión de una cultura universalista, se siente capacitado para la evocación del clásico: uno de los genios inmortales, depositario en su obra de valores substantivos de nuestra raza.

La gran Academia, creada en los días brillantes de la cultura griega por impulso platónico, y pluralmente renacida por mor de las variadas propuestas neoclasicistas del Siglo de las Luces, ha ido marcando capítulos culturales en tiempos sucesivos. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando ha acogido en su seno a muchos de

los artistas más representativos de cada período. Ellos han sido, desde el ejercicio de su modernidad, los constructores de la tradición: la han ido tejiendo con sus obras. La vigencia Académica ha sido lograda gracias a la asunción de los artistas más significativos, de los portadores de las características más acusadas de su tiempo. El auténtico artista, heredero de sus elegidos antecesores, mantiene viva la llama de su tiempo y derrama la semilla que fructificará mañana. En su discurso, Manuel Alcorlo nos ha mostrado a sus maestros; a Quevedo, sobre todo, por llevar en su corazón el espíritu del arte y ser poseedor de una poética concepción del mundo.

La Historia del Arte está conformada por páginas gloriosas donde la creación humana se eleva hasta hermanarse con el esplendor de la Naturaleza. En medio de la decadencia que el mundo está sufriendo en los tramos finiseculares, nos parece lícito y aún necesario que los verdaderos artistas evoquen nombres paradigmáticos que depositaron en el tiempo las esencias de la belleza. El arte sigue emergiendo desde el fondo del corazón humano. Es cierto que esas decadencias y las corrupciones e indolencias han debilitado la luz de esa hermosura; los días brillantes han sido alternados con otros luctuosos: “Dos milenios y medio han transcurrido —ha dicho Matila Ghyka, el autor de *El Número de Oro*— desde la catástrofe de Metaponto que tronchó hasta sus raíces el árbol pitagórico, la cepa misma parecía quemada, y caída por tierra y pisoteada la antorcha del Maestro, sus chispas fueron barridas en la noche antigua, y, sin embargo, hemos podido entrever que, jamás extinguida, la llama del conocimiento se ha transmitido de mano en mano como la de los legendarios corredores de Olimpia”.

Y hablando ahora de nuestro acontecimiento, y después de haber escuchado sus palabras, exaltamos al pintor por haber escogido

el buen camino. Hay dos caminos, nos ha contado el clásico en sus *Zaburdas de Plutón*: uno bueno y otro malo. “¡Pesie a tall! —dice— pues tras ser el camino tan trabajoso ¿es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡para mi humor es bueno!” Y añadimos: Manuel Alcorlo ha elegido el buen camino; un riguroso camino de proteicas imaginaciones, de extraños símbolos, de confusos atributos; una rigurosa manera de ajustar formas y colores. Y característicamente suyo es el discurso que acaba de ofrecernos: peripatético, palpitante, bullicioso, salpicado de espumosos oleajes, italianizante, poético, barroco y sentimental.

La primera fijación de Alcorlo al transpasar el umbral académico se ha dirigido hacia *El Sueño del Caballero*, la vanitas de Pereda. A continuación, como por ensalmo, han surgido los nombres de Velázquez, El Greco, Basile, Leopardi, Spinoza... y el del propio Quevedo cantando al pincel, “competidor valiente de la Naturaleza”.

Buen madrileño, se ha referido a continuación a su *utópica ciudad*, en la que ha desarrollado su vida como hombre y como pintor. Y a este noble edificio, antigua sede de la Escuela de Bellas Artes, donde adquirió las primeras nociones del oficio; donde practicó apasionadamente el dibujo, disciplina en la que nuestro nuevo compañero ha alcanzado elevadas cotas.

Pero antes del comienzo de su preparación escolástica, lo vemos realizando sus primeros aprendizajes en la Casa de Fieras del Retiro madrileño; también en una de las Escuelas de Artes y Oficios de la capital; en la Escuela de Cerámica de la Moncloa, en el Casón, bajo el mundo alucinante del Fa Presto; y en el Círculo de Bellas Artes, a cuyas aulas libres han acudido estudiantes de tantas generaciones. Él lo ha dicho: rompiendo, repitiendo, gozando de los volúme-

nes de Fidias y de la erótica hermosura de la Venus del Esquilino. Y el Museo de El Prado... El Prado, su decisiva formación.

En una de las *variaciones* de su discurso, Alcorlo se ha referido a Italia, incluso nos ha hablado en italiano, su segunda lengua pronunciada con donaire. Leonardo, Caravaggio manejando *il senso dello spazio*. Mantegna, Giotto, Signorelli... y Pompeya y Herculano... y el encuentro con los ojos inquisitivos del Papa Inocencio, en la Galería Doria-Pamphili...

Y sus viajes por Europa: Francia, Holanda, Bélgica, Inglaterra... En la Alsacia, en Colmar, queda suspendido su ánimo ante el retablo de Isenheim, de Matías Grünewald: una de las grandiosas concepciones del arte universal.

En París, paralelamente a los conciertos que tiene allí oportunidad de escuchar, la pintura moderna se le muestra en toda su magnitud, mientras va madurando su amor por la música. Su violín se eleva vibrante sobre la ciudad del Sena. La música siempre le ha pertenecido, y alguno de los pintores por él aceptados con más entusiasmo, son pintores-músicos, tales como Klee o Kandinsky. Allí también, en París, están los grandes creadores, los maestros: Picasso, Ernst, Bacon... que le van a enseñar caminos insospechados y van a afirmar su visión de la contemporaneidad.

De la Literatura y particularmente de la poesía ha recibido Alcorlo un cúmulo de incitaciones. Acerca de su propia cualidad literaria, ya acabamos de tener una muestra suficiente al escuchar su discurso. Ha sido ilustrador de grandes poetas, sirvan de ejemplo, como documento inestimable, las litografías sobre *El Coloquio de los Perros* de Cervantes. La conversación de Cipión y Berganza ha sido moti-

vo para la creación de algunas de las más bellas estampas de la gráfica española moderna.

Manuel Alcorlo ya ha tenido anteriormente una afortunada relación con la Academia. En 1986 expuso su obra gráfica en el recinto de la Calcografía Nacional, en una etapa en que dicha Institución abrió las puertas a los pintores contemporáneos. Nosotros, que en aquella ocasión presentamos sus grabados, tuvimos la oportunidad de conocer profundamente su obra.

Precisamente nuestro pintor, en otra de las *variaciones* de su discurso, nos ha acercado al mundo del grabado, una de sus más fervorosas dedicaciones. Nos ha hablado de su encuentro con el griego Dimitri Papageorgiu, el cual llegado muy joven desde su país fue pionero del grabado postbélico en la capital española. Él trasladó a Castilla las luces del Archipiélago. Su acción constituyó el primer capítulo de la aventura magnífica que hemos vivido, y creo que seguiremos viviendo, un grupo de pintores españoles que hemos entregado una parte importante de nuestra vida a la creación del arte gráfico original. Los talleres calcográficos han sido lugares de trabajo para los pintores, que han participado con sus obras al enriquecimiento del acervo plástico contemporáneo.

La magia de esta faceta del arte pictórico expresada por nuestro nuevo compañero, ha atraído a numerosos artistas que han ofrecido al mundo obras muy hermosas. Recordemos a Enrique Ortiz, ya nombrado por Alcorlo, que ha plasmado con acento musical la misteriosa umbría de los bosques galaicos; a Antonio Zarco, óptimo dibujante, colorista de amplio espectro, reflejado a través de toda su obra; a Andrés Barajas, sensual, rítmico, ardiente en las infinitas gradaciones de sus aguatinas; a Oscar Estruga, también excelente dibu-

jante, desvelador de mundos mitológicos; a José Hernández, miembro de la Academia, autor de poderosos aguafuertes de intensa, ensombrecedora monocromía; a François Marechal, el pintor normando-español, miembro asimismo de nuestra Corporación, maestro consumado de los procedimientos gráficos. Por no nombrar más que a aquellos compañeros que por su proximidad han acudido a mi memoria. Añadiremos a este notable elenco, los nombres de algunos de nuestros más queridos artesanos: El anciano maestro Manuel Repila, ya mencionado por Alcorlo, experimentado conocedor de los secretos guardados en el interior de las piedras de Baviera; y a los eficientes estampadores Dietrich Mann y Pedro Arribas, directores ambos de talleres expertos en la impresión calcográfica, cooperantes con los pintores en la elevación y excelencia de sus obras.

La pintura de Manuel Alcorlo se caracteriza por la increíble versatilidad de sus imágenes. Un mundo proteico: seres y cosas que con curiosidad miramos y parecen fugarse hacia la noche. Una noche cósmica de naturaleza inesplicable. Tentáculos apresadores dirigidos hacia regiones inverosímiles. Procesiones de farándulas que avanzan originando levitaciones y espirales planetarias. Tránsito de toreros-ciclistas portadores sobre la arena del desierto de las rosas de la muerte. Mujeres hermosas ofreciendo su sexo a interrogantes anfibios: un esplendor de cuerpos en los que Eros derramó el perfume de los jardines de Babilonia. Búhos nocturnales, excesivamente iluminados, sin embargo, por las descaradas luces de la metrópoli. Y las navegaciones... Las oscuras navegaciones por mares infinitos, bajo enojados cielos... Las navegaciones en los ríos flanqueados por narcisos y caléndulas... Las marinerías compuestas por violinistas y peregrinos... Aquí, los hombres de los campos y las ciudades... Las arquitecturas y los puentes de las ciudades...

No es la primera vez que proclamamos que la pintura de Manuel Alcorlo es un ejercicio de libertad. Extravertida, lejos de encerrarse en sí misma, se proyecta sobre el mundo. “Es una libertad surgida de su mano virtuosa que, endiablada, corre, se quiebra, salta y se retuerce para musicar la línea increíble”.

Y ya que el pintor ha llegado hasta nosotros protegido por la sombra de un genio inmortal, y ha nombrado al pincel, preso en las entrañas de uno de sus poemas. Y puesto que el pincel es un arma que esgrimimos, ora con delicadeza, ora con furia, pero siempre con amor, quisiera que este discurso, al pintor dedicado, terminara con sutiles palabras quevedescas.

Entre los libros que guardo del poeta, tengo uno de sonetos que llegó a mis manos hace mucho tiempo. Es pequeño, se titula *Musa Varia*, su cubierta de rojo veneciano está adornada con sutilísimos oros de tibar. Allí está escrito el soneto *Al Pincel*. El compilador anotó en su cabecera unas palabras que por antiguas quedan ambiguas. Dicen: “Dificulta el retratar una grande hermosura, que se lo había mandado, y enseña el modo, que sólo alcanza para que fuese posible”.

Dice el soneto:

Si quien ha de pintaros ha de veros,  
y no es posible sin cegar miraros,  
¿Quién será poderoso a retrataros,  
sin ofender su vista y ofenderos?

En nieve y rosas quise floreceros;  
mas fuera honrar las rosas y agraviaros;  
dos luceros por ojos quise daros,  
mas ¿cuándo lo soñaron los luceros?

Conocí el imposible en el bosquejo;  
mas vuestro espejo a vuestra lumbre propia  
aseguró el acierto en su reflejo.

Podráos él retratar sin luz impropia,  
siendo vos de vos propia en el espejo,  
original, pintor, pincel y copia.

Creemos firmemente que Manuel Alcorlo, por su personalidad humana, por la potencia de su creación artística y por razón de su extensa cultura, ingresa en la Corporación con todos los honores. Y por admiración a él nos sentimos sumamente honrados de recibirle y darle la bienvenida en nombre de la Real Academia.



